

terrible golpe, quitándolo del número de los vivos: falleció el 6 de Diciembre de 1656.¹

El arcediano Cárdenas era natural de Querétaro y doctor en Sagrados Cánones. Sabio y caritativo, se hizo notable principalmente por su incansable actividad y su carácter dominador. Tal vez para hacer cesar las inquietudes que promovía, fué trasladado (1664) á México, en donde ejerció el cargo de provisor y gobernador del arzobispado. Aun hostilizó á los regulares, escribiendo un alegato sobre el derecho que tienen los seminarios á la pensión de las parroquias administradas por ellos. Murió por 1674. En el primer siglo de la dominación española los dominicos hicieron un gran papel en Oaxaca. Mucho perdieron de la influencia y poder que disfrutaban por los litigios que sostuvieron con D. Antonio Cárdenas y los que siguieron después, predominando en los dos siglos siguientes la autoridad de los obispos, contribuyendo acaso á tal engrandecimiento el brillo de las virtudes y el saber de algunos bastante ilustres de que pronto se hablará.

Además de Cárdenas, fué trasladado al cabildo eclesiástico de Michoacán D. Miguel Segovia, y al mismo tiempo proveídos para Oaxaca, de arcediano D. Nicolás Gomez Cervantes; de tesorero, D. Andrés Gonzalez Calderon; de canónigos, D. José Salazar Maldonado y D. Pedro de Otilora, obispo de Santa Marta. En el orden civil, Francisco Plaza, general que fué de la Carrera de Filipinas y alcalde mayor de Nejoblanco, levantó sus bienes y desapareció, dejando sin solución crecidas deudas. De Jicayán era corregidor D. Diego Orejon y de Villa-alta D. Martín Robles, ambas personas muy consideradas en México.

¹ El 16 de Julio del mismo año había consagrado en Tepeaca dos obispos. (Guijo, pág. 367).

6.—Fué obispo de Oaxaca después de Valdés el Sr. D. Alonso de Cuevas Dávalos, mexicano. Nació el 25 de Noviembre de 1590: estaba relacionado por la sangre con las más nobles familias de México y se bautizó en el templo de San Agustín, en que sus ascendientes patrocinaban varias capillas. Desde niño fué inclinado á ejercicios piadosos. Cursó sus estudios en el colegio de San Ildefonso, bajo la dirección de los padres jesuitas, y con general aplauso recibió los grados en la Real Universidad. En el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe cantó su primera misa, y poco después fué electo capellán de Santa Teresa la Antigua. Alimentaba este sacerdote en su alma el fuego que vivifica á los santos, fuego que frecuentemente se derramaba al exterior, dando vida á los hechos más dignos de elogio. En el retiro de su casa se abandonaba á la contemplación de las altas verdades cristianas, para salir después, conmovido por el fervor de la gracia, solicitando hacer bien á sus semejantes. Acostumbraba la penitencia y las mortificaciones voluntarias, á que se agregaban contrariedades, persecuciones y calumnias, que sufrió durante su permanencia en México; tales padecimientos, sin embargo, no cambiaron la suavidad y dulzura de carácter que manifestó en su trato, principalmente con los enfermos del hospital de Jesús, que visitaba con frecuencia.

En Puebla, de cuya catedral fué sucesivamente magistral, tesorero y arcediano, manifestó su misericordia con los necesitados, consolándolos y socorriéndolos siempre; pero particularmente en una peste que por los años de 42 y 43 desoló aquella población, fundando con recursos propios un hospital, que en persona administró y cuidó. El 23 de Marzo de 51 fué por el rey electo dean de la Catedral de México, y en 1555 cancelario de la Real Universidad. Escogido para llenar el hueco que en Oaxaca había dejado Evía, fué consagrado por el arzobispo Bugueiro el 13 de Octubre de 1657 con asistencia de los vireyes, Audiencia y lo

más noble de la ciudad, emprendió su marcha el 25 de Noviembre, se detuvo en Puebla algunos días y entró solemnemente en la capital de su diócesis el 22 del mes siguiente. Al frente ya del gobierno eclesiástico de Oaxaca, mostró en sus virtudes personales las cualidades de un excelente pastor de las almas. No porque había alcanzado una elevada dignidad dejó que se resfriara en su alma el antiguo ardiente amor al prójimo; ántes bien, desde la altura en que estaba, su accion benéfica era más general y extensa. Su trato era dulce, su conversacion familiar sencilla y agradable, la moderacion y la prudencia guiaban siempre sus más importantes determinaciones. Tan solícito de hacer limosnas fué, que daba á quienes le pedian y buscaba á los que no llamaban á su puerta. Agotados sus tesoros, pidió prestadas crecidas sumas para repartir á sus queridos pobres. Y no solo con el bolsillo favorecia á los oaxaqueños, sino más especialmente con sus cuidados personales. En cumplimiento de su obligacion, y para el bien de sus ovejas, ningun trabajo rehusaba: emprendia caminos penosos y se sujetaba á toda suerte de fatigas, á pesar de su edad crecida, de sus achaques habituales y de su débil complexion, quebrantada todavia más por sus duras penitencias. Cuánta humildad y cuánta caridad no manifestó en la visita de su diócesis: consolaba á los indios en su abatimiento, miserias y dolores; les excusaba gastos, aun los más indispensables de la comida; y por sí mismo les enseñaba la doctrina. Tuvo una virtud que difícilmente se encuentra en las altas regiones del poder: de consagrarse con singular esmero al despacho de los negocios y causas de los pobres.

Los dominicos aprovecharon la paz que les concedia el Sr. Dávalos para embellecer su templo. En 1659 llamaron un maestro poblano que hiciese la obra de yeso y el dorado del cañon del cuerpo de la iglesia, cuyo costo fué de 26,691 pesos, 3 tomines. El siguiente año se construye-

ron las torres, costando 9,996 pesos. Posteriormente, siendo provincial segunda vez Burgoa, se enyesó y doró el coro alto, costando 4,888 pesos 2 reales; el coro bajo, 6,790 pesos; la reja dorada del coro, 2,313 pesos: se construyó tambien el antecoro, con gasto de 5,053 pesos, y se hizo la puerta del costado, por valor de 326 pesos, sin otras construcciones de ménos importancia.

7.—El Lunes Santo, 22 de Marzo de 1660, se insurreccionó la villa de Tehuantepec contra las autoridades españolas. Se debió el alzamiento, segun dice el padre Cavo, á la rapacidad de los agentes fiscales y á las extorsiones del alcalde mayor, pues generalmente no solicitaban esos destinos sino hombres codiciosos que sin miramiento á la condicion mezquina de los indios, solo pensaban en acumular tesoros. Sucedió, pues, que D. Juan de Avellan hiciese repartimientos excesivos, especialmente de mantas, que cobraba con notable rigor. Personas prudentes le advirtieron que los pueblos sufrían de mala gana aquella imposicion, que debia suavizar y contener los abusos de los encargados de cobrarla; mas como no se mostró dócil á este consejo, la gente sensata temió sériamente un desórden. La insurreccion se preparó, en efecto, con alguna anticipacion, aunque con bastante secreto para que pudiera ser sofocada oportunamente. El dia que se ha dicho, como á las diez de la mañana, el gobernador, alcalde y otros indios de la Mixtequilla, para tratar algun asunto de su pertenencia, se dirigieron á la presencia de D. Juan de Avellan: durante la conferencia, el gobernador se desmandó algo en palabras, y el alcalde mayor lo mandó poner en la cárcel: los demás indios salieron á la plaza, separándose poco de las casas reales en que habitaba el alcalde mayor, y riñeron ó fingieron reñir en altas voces: calificando aquel acto de falta de respeto, el alcalde mayor los mandó prender y azotar: cuando se les intimó esta órden, uno de los indios, po-

niéndose los dedos en la boca como acostumbran, silbó fuertemente: la revolucion estalló. A la señal, se levantaron en masa, desamparando sus puestos y mercaderías los indios é indias que desde temprano trataban en el mercado, y en breve se oyeron silbar en el aire multitud de piedras de todos tamaños. Los indios acometieron, en medio de una espantosa gritería, la casa del alcalde mayor.

Algunos vecinos que intentaron contener el tumulto, se vieron perseguidos por una lluvia de piedras, teniendo que refugiarse en el templo con sus mujeres é hijos, para salvar la vida. Un clérigo, vecino de la villa, D. Juan Vigil de Quiñones, persuadió á los frailes que sosegaran á la muchedumbre irritada, y el prior del convento, en efecto, llegó hasta la plaza, é hincándose entre los grupos de la plebe, pedia con expresivos ademanes que se contuviesen; pero inútilmente, porque le respondieron que se retirase, si no queria morir él mismo; y como no lo hiciese tan pronto como deseaban, tres indias y un indio se apoderaron de él, y á empellones lo hicieron entrar en el cementerio. Siendo ineficaces los ruegos, se revistieron los frailes las vestiduras sagradas, y con el Santo Sacramento descubierto salieron hasta la plaza; mas la plebe, ciega ya de furor, nada veía ni respetaba: algunos se hincaron con las piedras en las manos y amonestaron á los frailes que se retirasen si no querian morir, con lo que la procesion hubo de volver al templo sin haber conseguido cosa alguna.

Los indios comenzaron por arrojar piedras sobre las casas reales; despues les pusieron fuego, y cuando las llamas hubieron devorado las puertas, entraron por todas partes. Cuando el alcalde mayor, que se habia refugiado á una última habitacion, llegó á comprender que no le quedaba medio alguno de salvacion, postrado ante un Santo Cristo pidió perdon de sus culpas, y empuñando una espada, dijo á su esposa, hijos y criados que se salvarsen como pudiesen, y se arrojó sobre las turbas amotinadas: á los pocos

pasos, habiéndole alcanzado una piedra en las sienas, cayó sin sentido, con que los indios pudieron rematarlo, lanzando sobre él tan terribles pedradas que le abrieron el cráneo y el cerebro se esparció por el suelo. Era esto en los momentos que los frailes y los clérigos salian otra vez por las calles, conduciendo al Divino Sacramento, para contener con su presencia á las masas: les avisaron que el alcalde mayor era muerto, y se volvieron al templo.

Además de D. Juan de Avellan, murió un indio cacique, llamado D. Gerónimo, un negro esclavo y otro español, criado del alcalde mayor: fueron despojados de sus vestidos, arrastrados y arrojados desnudos en medio de las calles. Distraida la atencion de las turbas en estas crueles ejecuciones, dieron lugar á que se pusieran en salvo, la esposa, los hijos y demás criados de Avellan, favorecidos por un negro, un mestizo, un indio y varias indias que les tuvieron compasion, aunque no tan bien librados que no les alcanzasen algunas pedradas: varios grupos los siguieron con intenciones poco benévolas; mas por respeto al bachiller Salinas, en cuya casa se habian refugiado, no les dieron muerte. Lastimaron tambien á Fr. Juan Chirinos, que se habia mezclado entre la muchedumbre pretendiendo apaciguarla.

Los indios saquearon las casas reales, apoderándose de cuanto habia perteneciente á D. Juan Avellan ó de propiedad comun; y apagaron despues el fuego, que habia ya carbonizado diez mulos con otros varios objetos. No estaba aún satisfecha, sin embargo, la venganza de los tehuantepecanos: querian arrojar á las llamas los cuerpos de los muertos, y á las dos de la tarde se presentaron en número considerable á las puertas del templo, pretendiendo extraer al teniente del alcalde mayor, al gobernador y alcaldes de la villa y á otras personas adictas á D. Juan Avellan, para darles la muerte. El prior se puso de pié con resolucion en el umbral del templo y dijo que pasarian sobre su cadáver án-

tes que dar un paso adelante: les afeó su crimen y les expuso sus consecuencias haciéndoles ver el castigo que habian de esperar; y viendo que entraban en reflexion, les pidió de rodillas que no agravasen su delito, ni consumasen su ruina con nuevos atentados. Los indios se dejaron ablandar: entregaron el cadáver del alcalde mayor, permitiendo que se le diese honrosa sepultura, y se retiraron á sus hogares, cerrando los caminos para que se ignorase lo acontecido, hasta que ellos mismos dieron al virey noticia. Permitieron tambien que la viuda é hijos del alcalde finado saliesen de Tehuantepec el Viérnes Santo, como lo verificaron, llegando á Jalapa á la media noche, con una niña de pecho en agonía. Se determinaron, sin embargo, á no admitir autoridad ni juez alguno que no les diese previamente palabra de perdon, prometiendo no hacer pesquisa alguna sobre aquel trágico suceso.

8.—El virey, que lo era entónces Alburquerque, en lugar de enviar fuerza armada que sujetase á los rebeldes, tomó la prudente medida de suplicar al provincial de dominicos que personalmente procurase aquietar los ánimos y poner orden en la villa. Así lo hizo Navarrete, que era el provincial, con algun éxito, tanto que al fin del año recibieron los indios pacíficamente á un nuevo alcalde mayor; mas no soltaron las armas de las manos, ni fué tan completa su pacificacion, que se redujesen á dar avío á los pasajeros, á pagar los repartimientos de mantas ni otras imposiciones de este género. Además, el fuego de la revolucion iba cundiendo por varias partes. La víspera y el día de Córpus del mismo año se amotinaron los indios de Nejapan, intentando dar muerte al alcalde mayor, al vicario Fr. José de los Angeles y á otras personas, que con la fuga se libraron de la muerte. Otra conmocion igualmente peligrosa tuvo lugar en la Villa-alta de San Ildefonso. Por todo lo que, el conde de Baños, que habia sucedido al du-

que de Alburquerque en el vireinato, se resolvió á mandar á Oaxaca al oidor D. Francisco de Montemayor de Cuenca, quien debería poner en claro los hechos y castigar á los culpables.

En desempeño de su obligacion, este juez, en 23 de Abril de 1661, mandó que el provincial de dominicos separase de la parroquia de Nejapan y de todo ministerio de indios á Fr. José de los Angeles, pues tenia informes que habia dado motivo para una de las revueltas mencionadas. Posteriormente presentó este religioso pruebas suficientes de su inocencia y obtuvo satisfaccion completa de la Audiencia, del virey y del mismo oidor Cuenca.¹

Tambien parece que entónces ya se intentó sujetar por la fuerza á los tehuantepecanos, enviando tropas, que en la contienda llevaron la peor parte, pues toda la comarca se habia puesto en armas. La noticia del desastre voló á México y asustó al conde de Baños que resolvió enviar tropas suficientes para reducir á su deber á los insurrectos. Trataba de organizar un cuerpo que marchase á Oaxaca, cuando le llevó un mensajero la noticia de quedar todo apaciguado por la diligencia del Illmo. Sr. Cuevas Dávalos.²

Al saber, en efecto, éste lo que pasaba en Tehuantepec, se dirigió apresuradamente á esta villa, y sin pérdida de tiempo se presentó á la turba amotinada, sin más armas que su báculo pastoral. Comprendió que aquellos infelices se habian rebelado por la miseria en que estaban y los sufrimientos que tenian: los consoló, les ofreció perdon por lo pasado, se despojó de cuantas alhajas poseia y las repartió, sin exceptuar su anillo pastoral. La rebelion no siguió, en efecto, adelante y el obispo cumplió brillantemente su mision de paz y de consuelo. Mereció cédula especial

¹ Están tomadas estas noticias de los MS. de Fr. Leonardo Levanto, fols. 130, 131, 132, 134 y 135.

² Así lo refiere el padre Cavo. Historia de tres siglos, al año 1661.